



LA RAZÓN HISTÓRICA.  
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas  
ISSN 1989-2659  
Número 50, Año 2021, páginas 100-110  
[www.revistalarazonhistorica.com](http://www.revistalarazonhistorica.com)

---

## La sociología cultural de Philip Rieff. Del bienestar terapéutico a la crítica de la “anti-cultura” posmoderna

Sergio Fernández Riquelme

*Universidad de Murcia (España)*

**Resumen.** En este artículo analizamos la obra del sociólogo y crítico cultural Philip Rieff, uno de los analistas más importantes del siglo XX de los “mundos culturales” y uno de los más agudos críticos de la que consideraba como “anti-cultura” de la Posmodernidad progresista y consumista. Deudor del psicoanálisis de Freud, Rieff contribuyó decisivamente en la primera difusión de la gran transformación posmoderna que su exmujer Sontag representaba como icono, pero pronto comenzó a disentir del falso hedonismo del bienestar que para él negaba lo sagrado y lo comunitario como fundamentación social de los modos culturales de pensar y vivir. Un sucinto análisis, por ello, de su diagnóstico y de su evolución, en el marco de las batallas culturales de la era contemporánea.

**Palabras clave:** Anti-cultura, Mundo cultural, Philip Rieff, Posmodernidad, Sociología cultural, Susan Sontag.

**Abstract.** In this article I analyze the work of the sociologist and cultural critic Philip Rieff, one of the most important analysts of the 20th century of the "cultural worlds" and one of the sharpest critics of what he considered as "anti-culture" of progressive Postmodernity and consumerist. Debtor of Freud's psychoanalysis, Rieff contributed decisively to the first diffusion of the great postmodern transformation that his ex-wife Sontag represented as an icon, but he soon began to dissent from the false hedonism of well-being that for him denied the sacred and the communal as the social foundation of the cultural ways of thinking and living. A succinct analysis, therefore, of its diagnosis and its evolution, within the framework of the cultural battles of the contemporary era.

**Keywords:** Anti-culture, Cultural world, Philip Rieff, Postmodernity, Cultural Sociology, Susan Sontag.

### 1. Del psicoanálisis a la Posmodernidad: amor y guerra entre Sontag y Rieff

Ella pasó a la historia, y él cayó en el ostracismo. La provocadora escritora Susan Sontag se convirtió en el icono del progresismo burgués, a modo de *celebrity* supuestamente alternativa; el profundo teórico Philip Rieff [1922-2006], considerado durante años el gran sociólogo norteamericano, dejó de escribir ante el vacío de los “poderes culturales” que no admitían su disidencia (hasta el punto que no hay ninguna traducción al español de sus dos obras fundamentales). El matrimonio entre ambos acabó en 1958, tras ocho años de convivencia entre la joven estudiante y el prestigioso profesor, y Rieff se convirtió, desde su peculiar interpretación de Sigmund Freud (comenzando con su obra *Freud: The Mind of the Moralizer*, 1959), en crítico de este “mundo cultural” posmoderno o ulterior evolución de la civilización occidental, la cual históricamente se había desarrollado a través de tres culturas sucesivas o “tipos ideales”.

La Posmodernidad triunfaba, y la figura de Susan Sontag reflejaba, en esencia, a la “intelectualidad pop”, que pretendía liderar los proyectos transformadores surgidos de una burguesía urbana y elitista que se autodefinía como “progresista”. Desde la muy noble redacción de *The New York Review of Books*, la escritora y profesora Sontag, como otros intelectuales “radical-chic”, escribía sobre las guerras ideológicas (*Culture war*) necesarias para cambiar la sociedad de los años sesenta, y que se aceleran en el tiempo actual: promiscuidad sexual y amor libre, anticlericalismo y uso de las drogas, rechazo del matrimonio y fin de la familia, anticoncepción masiva y aborto libre (Edwards, 2009).

El profesor Rieff, docente desde 1961 en la Universidad de Pennsylvania y aclamado por sus obras sobre Freud, pasaba a la oscuridad. Más de veinte años sin apenas publicar desde *Fellow Teachers* (1970): solo siete artículos y reseñas hasta el primer volumen de su obra magna (*Sacred Order/Social Order: The Jew of Culture: Freud, Moses, and Modernity*), publicada en tres volúmenes solo tras su muerte, y el texto *The Feeling Intellect* en 1990 (editado por su ex alumno Jonathan Imber). Recluido en su casa con su familia, muchos de sus antiguos seguidores se preguntaban si aún estaba vivo. Pero Rieff desapareció de la vida pública y evitó todo tipo de reconocimiento como acto de rebeldía. Abandonar la academia fue la estrategia contracultural de Rieff. El arte del silencio, como aprendió de Kierkegaard y señaló en *Fellow Teachers*, era superior a la “sobrepública y gritos controversiales” de su época (Beer, 2006).

Iba para estrella en el mundillo intelectual, como brillante estudiante en la Universidad de Chicago: alumno del sociólogo Edward Shils e investigador sobre las ideas de Freud en Estados Unidos. Tras completar su tesis en 1954 y conseguir una beca postdoctoral, se vio envuelto en un noviazgo escandaloso en 1950 con la estudiante de 17 años Susan Sontag, con la que se casó diez días después de conocerse el asunto. En los años posteriores Rieff estuvo en la cátedra auxiliar de

Brandeis, en la cátedra visitante de Harvard, en una cátedra Fulbright de Munich y en la cátedra asociada de Berkeley; y junto con Sontag terminó su primer e influyente libro: *Freud: The Mind of the Moralizer* (1959). Pasaba a la primera plana de la transformación liberal-progresista posmoderna y norteamericana.

En este texto, Freud aparece como el “héroe cultural” de su época. Era el máximo responsable de “la obra maestra del siglo”, de cuya enseñanza se derivaron “lecciones sobre la conducta correcta de la vida ante la miseria de vivirla”, desde el psicoanálisis o “movimiento intelectual altamente moral” nacido para transformar la “inteligencia moral de la cultura occidental” (Rieff, 1959). Freud era su referente: ese brillante y malévolo enemigo de todo lo sagrado, ese pensador omnipresente en las aulas universitarias no solo de psicología (en competencia con Marx, y en su caso Trotsky) y ese miembro de los “maestros de la sospecha” para Paul Ricoeur (junto a Marx y Nietzsche). Le atraía su mente de diplomático (y no de un predicador o ideólogo, como los comunistas) y su oferta de “verdades” ajenas a la “salvación” que tradicionalmente se ofrecía desde la filosofía (de la mente) o la religión (del alma). A su juicio, Freud “no tenía un temperamento religioso. No esperaba ninguna salvación. Era más un estadista de la vida interior, apuntando a compromisos astutos con la condición humana, no a su transformación básica”.

Su meteórica carrera le llevó a ser profesor titular en Pennsylvania, en 1961 le otorgaron una cátedra especial, y con 44 años fue nombrado profesor “Benjamin Franklin” de sociología. Y todo culminó con la publicación de *The Triumph of the Therapeutic: Uses of the Faith after Freud* (1966), donde anunciaba el terremoto cultural que conllevaba el tránsito hacia la Posmodernidad de la mano de Freud y sus seguidores, y en el que había participado como pensador muy influyente (y recordaba Christopher Lasch). Pero el éxito de su obra provocó, de manera no tan paradójica, una conversión interior, sin vuelta atrás (Beer, 2006).

En *Fellow Teachers* (1973) el erudito y famoso profesor realizó un texto radicalmente distinto: era un ensayo personal e irónico sobre la Posmodernidad, en forma epistolar, sin capítulos y con pocas referencias teóricas, donde principiaba su interés por la dimensión sagrada de toda cultura (en la fe y en el “carisma”), en especial de la civilización occidental desde el mundo hebreo hasta sus días (Rieff, 2008b). Recomenzaba la “sociología cultura sagrada” (Turner, 2011), que remitía a los análisis de Weber y Freud, pero iba más allá: se mostraba, claramente, la conversión espiritual e intelectual de Rieff, donde reconocía su herencia tradicional judía y cuestionaba la transgresión contracultural de la “ideología terapéutica” (que contemplaba en su extremo más radical en el nacionalsocialismo y Auschwitz).

Ahora comprendía que la teoría freudiana del inconsciente no ofrecía falsas esperanzas, ni sueños sobre la perfectibilidad humana, ni el mito reorganización social para cambiar la naturaleza humana (cuestionando algunos de los dogmas de la democracia liberal); era bastante más conservadora y escéptica de lo que creían

sus seguidores. Pero si impactaba decisivamente en la “cultura de masas” y sus *mass media*, como “*bienestar terapéutico*” que permitía, en primera instancia, la superación de la represión sexual en nombre de la realización individual y, en segundo lugar, la legitimación individualista de toda libertad hedonista que trasgredía los marcos políticos compartidos. Y esa instrumentalidad cultural del pensamiento de Freud fue muy bien entendida, según Rieff, por las elites corporativas y tecnológicas (el capitalismo también “*de masas*” y la psicología empresarial adjunta), y propagado por sus “*radicales culturales*”. Se usaba la dimensión hedonista de sus teorías para destruir u oscurecer las “verdades” del conservadurismo cultural y tradicional de la Familia y “*lo sagrado*” en las clases medias y trabajadoras; por ejemplo, con el objetivo de justificar la innovación social y la desviación ética para beneficio de los negocios más inmorales (Rieff, 1973).

Y ahora se burlaba de los “*partidarios de lo terapéutico*”, tan presentes en las clases altas y en los medios poderosos, que querían “*reeducar*” a los demás, usando a Freud desde la Universidad y desde las modas más capitalistas; y criticaba, consecuentemente, el “*orden muerto*” de buena parte de la civilización liberal y cristiana, con su “*amor anti-cultural*” que apenas oponía resistencia en la contienda (siguiendo a Nietzsche). Por ello se preguntaba, entre el socialismo casi premarxista y el conservadurismo hebreo, sobre la posibilidad de aumentar los impuestos a los ricos (para meterles miedo), abolir la industria de la moda (acabando con el falso bienestar), oponerse a la experimentación humana y al aborto (protegiendo la vida), repensar la censura (volviendo a las creencias tradicionales) y, por ello, desde su redescubierta herencia judía, aprender de los textos sagrados y de la educación rabínica (Rieff, 1973).

## 2. La evolución del mundo cultural

Y Rieff dejó de publicar. Y lo hizo con *My Life between the Deathworks* (1971), el inicio de la nueva etapa de su sociología cultural. Una fase crítica y directa, en ese silencio rebelde del que hablaba Jeremy Beer, desde la docencia sencilla y apartado de todo debate académico o mediático. En este texto (que sería el primero de la trilogía citada y publicada tras su fallecimiento) comenzaba el estudio teórico y cronológico, profundamente crítico y a contracorriente, de la evolución de la cultura occidental a través de sus “tres mundos” esenciales, y que terminaba con la actual “*anti-cultura*” posmoderna que estudió, apoyó y ahora denunciaba (Beer, 2006).

La primera época remitía al “*mundo pagano*” de la antigüedad, o anterior a las revelaciones judeo-cristianas, siendo su leitmotiv “*el destino*”; no estaba vigente, ni sociológica ni psicológicamente, pero se encontraba disponible a módicos precios en las tiendas, como producto de consumo o de turismo. La segunda fase hablaba de “*la cultura judeo-cristiana*”, con referente en Jerusalén y con su gran motivo situado en “*la fe*” (en todas sus variedades y versiones). Y la tercera etapa estaba presidida

por “*el mundo de la anti-cultura de lo terapéutico*” y con su leitmotiv asentado en “*la ficción*”; momento que aportaba su grano de arena a la contemporánea *Kulturkampf* o “*guerra cultural*” de ámbito mundial contra el universo anterior (Rieff, 2008) con sus “*obras de muerte*” (del aborto a la eugenesia, y de la degradación moral a la sexualidad degradada).

El *Primero Mundo* se caracterizaba, para Rieff, por un conjunto de mitos que fundamentaban y justificaban sus culturas a través de elementos que trascendían el presente inmediato: los cuentos de los dioses, la magia del bosque, los héroes de la *Ilíada*, las sagas nórdicas, la filosofía platónica o las leyendas originarias. Mitología cultural fundada en la “*creencia en el destino*”, que hacía al ser humano ligar su vida a poderes y fuerzas que remitían a algo más grande que a él mismo (Rieff, 2006).

El *Segundo Mundo* basaba sus “*códigos culturales*” en la “*creencia en la fe*”, y no en el mero y anterior destino. Era, por ello, la creencia propia de las religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam), revelada en un ser supremo, específico, divino y soberano que se encontraba por encima de la creación, y ante quien todas las criaturas eran responsables en última instancia. Pero al igual que el Primer mundo, éste también establecía su “*orden social*” sobre un “*orden sagrado*” más profundo (directa e indirectamente), como contexto cultural o como práctica cultural (Rieff, 2008).

Y el *Tercer Mundo*, en cambio, representó la ruptura decisiva en esta evolución, que él vivió en primera persona desde su génesis. Se caracterizaba por su “*repudio de cualquier orden sagrado*”, ya que sus partidarios consideraban que había nada más allá de su propio Mundo que pudiera justificar, en última instancia, la cultura. Y las implicaciones de esta ruptura fueron, en opinión de Rieff, muy amplias y catastróficas.

Inicialmente, y debido a su negación de todo orden sagrado (“*sacred order*”) de referencia o pertenencia, las culturas del Tercer Mundo se enfrentaban un desafío sin precedentes: justificarse a sí mismas sobre la base de sí mismas. Pero para Rieff, no había existido ninguna cultura en nuestro pasado que hubiera logrado esta justificación con éxito, derivando en estupidez o locura colectiva con su propio “*colapso cultural*” (como mostraban las primeras utopías jacobina o soviética) (Rieff, 2008). La tesis de Rieff mostraba que, en la evolución humana, ninguna cultura podía justificarse o mantenerse a sí misma como “*simple cultura*” autónoma sin referencias trascendentales, por atractiva y autorizada que fuese. A su juicio, las culturas dependían, de manera inevitable, de sus “*órdenes sagrados predicativos*”, fragmentándose o evaporándose como “*meros residuos*” cada vez que se rompían sus predicados, siendo visible su creciente inestabilidad y buscándose con urgencia iconos e ideales (los “*nuevos dioses*” del Estado o del Mercado) a los que mitificar y divinizar, aunque fuera frugalmente (Rieff, 2008); por ello, el nacionalsocialismo alemán, la forma más radical de “*anti-cultura*”, buscó viejos dioses paganos o creó

nuevos ídolos totalitarios que derrumbasen las viejas creencias judeocristianas y dejó una herencia de “*deathworks*” que, para su sorpresa, se implantaba en el Occidente que lo había combatido (desde al aborto a la eugenesia).

Posteriormente, este Tercer Mundo asistía a su propio “*cambio cultural traumático*”, acelerado e intenso, ante la proliferación caótica de identidades y militancias. Las “*políticas de identidad*” variables, y hasta cierto punto improvisadas, extendidas en leyes y anuncios de manera masiva, estaban indisolublemente relacionadas según Rieff con “*el colapso de lo sagrado*”; es decir, se ligaba a la eliminación de cualquier “*base metafísica trascendente*”, a partir de la cual se podía fundar un orden social coherente con la naturaleza humana, y estable en la convivencia ciudadana. Una base histórica que había permitido, entre fallos y aciertos, encontrar “*verdades*” distintas sobre las que descubrir certezas, crear debates, disentir públicamente, fundar consensos, y establecer el equilibrio necesario entre la herencia y la invención.

Y, finalmente, para Rieff los diferentes Terceros Mundos se caracterizaban por el radical “*desprecio de los códigos morales*” en los que se basaban los Segundos Mundos. El mensaje estaba claro: la fe y sus normas morales se despreciaban por las elites posmodernas, desde la burla o la ironía, siendo ridiculizadas o censuradas sus dogmas, sus prácticas y sus creencias. Por el contrario, el pecado y el vicio se convertían en las nuevas virtudes que observar personal y diseminar colectivamente, desde el mensaje dominante de las élites culturales del Tercer Mundo. Lo irreverente, lo transgresor, lo turbador o lo escatológico (atacando sistemáticamente a la antigua fe, pero casi nunca a sus propias elites) debían ser las señas de identidad de la nueva cultura, supuestamente para ser libres y alternativos, pero realmente para llegar a ser aceptados por la industria y por la institución. Ahora, su otrora admirado Freud era uno de los grandes responsables de las “*obras de muerte*” contra la cultura occidental (Rieff, 2008). Por ello, Rieff se alzaba contra las consecuencias negativas de ideologías posmodernas que se radicalizaban y abandonaban la senda mesurada, en beneficio de la destrucción de los valores tradicionales (multiculturalismo, feminismo, diversidad sexual).

Friedrich Nietzsche y su “*nihilismo*”, Karl Marx y su “*materialismo*” y Sigmund Freud y su “*psicoanálisis*” marcaron profundamente a este Tercer Mundo. Estos tres “*maestros de la impostura*” para Paul Ricoeur, dieron contenido al “*gran terremoto*” posmoderno para René Girard (González, 2016). Y al psicólogo austriaco lo conocía muy bien Rieff; lo había estudiado profundamente y lo interpretó durante toda vida. Y sabía que la cultura del Tercer Mundo era en gran parte “*la cultura del Hombre Psicológico*” y de su “*búsqueda terapéutica del bienestar*” (como analizó en *The Triumph of the Therapeutic*). Solo importaba alcanzar “*la felicidad personal*”; era el único propósito vital, cuando ya no había nada más allá de este mundo por lo que luchar, cuando nunca se podía reprimir moralmente, o cuando no teníamos que ser responsables ante nadie. Por ello, el orden ético se basaba en el “*deseo personal*” subjetivo y no en los “*juicios morales*” objetivos, y se implementaba en sus “*códigos*

*culturales*”, como se demostraba con las nuevas tendencias y actos sexuales (Rieff, 2008).

### 3. La Anti-cultura

El “*hedonismo individual*” se convertía en la ideología esencial y, por ello, en el motor cultural al servicio de la dominación política o de la económica. Y en el sexo sin prohibiciones y tabúes (en sus distintas manifestaciones y acciones, como las recuperadas del trastornado Marqués de Sade) se construía no solo como el “*gran tema*”, sino como el ejemplo del consumismo más radical y más aceptado, alejado tanto de la naturaleza humana como de la naturaleza ecológica. Se debía disfrutar en todo momento y buscar el placer a toda costa, modificando a capricho nuestra herencia y nuestro medio ambiente.

“*Prohibido prohibir*” fue el primer lema de batalla del Tercer Mundo (desde *mayo del 68*), que prohibía al disidente, no tan paradójicamente, como las anteriores culturales. Para Rieff “*toda cultura se definía por lo que prohibía*”, y la posmoderna también vetaba y condenaba de manera consecuente; y los hacía con los valores alternativos y diferentes del pasado, que impedían o ralentizaban sus proyectos de constante mutación de las creencias y comportamientos. Por ello, Rieff denominaba a este tipo de cultura posmoderna como una auténtica “*anti-cultura*”, que no pretendía transmitir creencias y prácticas de una generación a la siguiente (como las anteriores, con mayor o menor éxito), sino perpetuar la realidad de la transgresión como norma cultural, pero que como era obvio se convertía finalmente en un deseado instrumento político y económico a su vez poco transgresor (Rieff, 2008).

A la patología de la transgresión, se unían otras en la cultura del *Tercer Mundo* que, según Rieff, no tenían precedentes: ahora, las élites culturales eran profundamente “*iconoclastas*”, al defender “*la anti-cultura*”, la liberación de la “*cultura más antigua*”, y la no transmisión del “*orden sagrado/orden social de generación en generación*”; la “*producción cultural*” del Tercer Mundo daba lugar a las destructivas “*obras de muerte*” (“*deathworks*”), que partían de los modismos del Segundo Mundo pero los subvertía de una manera que destruía, paralelamente, los mismos cimientos sobre los que se construyó el orden social occidental, burlándose sus diferentes formas los valores de la religión sin proponer nada de gran importancia para reemplazarlos. Rieff ponía de nuevo el ejemplo de la sexualidad: en el *Segundo Mundo*, los debates hablaban de la “*modestia sexual*”, en su definición y límites, sobre las bases de la reproducción humana, el papel de la Familia y una autoridad superior; pero en el *Tercer Mundo* se hablaba de “*libertad sexual*”, donde ese fundamento había desaparecido: se extendía “*la sexualidad grosera*” a través del predominio de la pornografía y la ridiculización de los ideales que originalmente le daban significado e importancia al sexo (castidad y autocontrol, familia y descendencia, matrimonio y monogamia (Rieff, 2008).

Una libertad falsa, sin fundamento y sin control, usada en el sistema cultural actual para Rieff, e impulsada por los ídolos divinizados del marketing político capitalista y liberal comprados por el *Homo videns*: la veneración de figuras iconoclastas como las estrellas de rock o del cine, la continua burla de las creencias y prácticas sociales tradicionales en las películas y series televisión, el desprecio por las humanidades, o la popularidad de la vulgaridad amoral en televisión (como los *reality shows*). Eran algunos de los signos de esta etapa histórica posmoderna, en la que no se debatía sobre la naturaleza de nuestra cultura desde el fundamento del acuerdo común, sino que solo se imponía la completa y unilateral mutación de la cultura en “*anti-cultura*”. Un cambio radical en la forma en que la sociedad justificaba sus creencias y prácticas, y que provocaba. Finalmente, reacciones en forma de “*batallas ideológicas*” por ese poder cultural, que o bien regresaba a sus raíces buscando el equilibrio o bien avanzaba siempre sin límites al servicio del poder comercial y político (Rieff, 2008). Las comunidades tradicionales daban por sentado que sus creencias y sus valores se situaban en un plano moral superior al de sus miembros individuales. Por ello, todo individuo debía estar, o acercarse, a la altura de esos ideales compartidos, cumpliendo las obligaciones que le eran superiores. Pero el nacimiento y extensión de esa sensibilidad cultural “*terapéutica*”, provocó el cambio de los referentes morales básicos de las sociedades liberales de posguerra, rompiendo progresiva y radicalmente con los paradigmas éticos, complejos e imperfectos, que habían prevalecido en Occidente desde hacía siglos, entre revoluciones y contrarrevoluciones (desde la fe religiosa o la convicción política). El Bienestar transitaba, por ello, de vivir de acuerdo con los ideales de la comunidad y cumplir con las propias obligaciones políticas y morales (desde la responsabilidad común), a vivir en función de la autorrealización personal, cumpliendo con los derechos individuales reconocidos por el Estado y creados por el Mercado (desde la autogratificación al consumismo), buscando la comodidad material y psicológica personal (Rieff, 2008b: 210-220).

Todo estaba al servicio del poder. Rieff sabía perfectamente lo que pasaba desde el inicio: “*el triunfo de la cultura terapéutica*”, al pretender asegurar “*el disfrute de todos*”, permitía a los más ricos mantener mejor que nunca su posición, ya que “[*el pan*] y el circo se confunden con el derecho y el deber” (Rieff, 1966: 51-53 y 200-202). Estaba muy bien calculado su nacimiento y su uso por los plutócratas con pretensiones de dominio mundial. La superación de los símbolos religiosos y las creencias tradicionales, con sus límites y sus normas asociadas, permitía difundir, desde esa “*cultura terapéutica*”, el “*deseo ciego y descuidado*” entre las clases bajas y medias de participar de “*los vicios de los ricos y poderosos o sexualmente exitosos*”, sin preguntarse, como señalaba Paik (2015: 454-457) “*si estas actividades son moralmente corruptas, financieramente destructivas o incluso físicamente insalubres*”. El “*bienestar terapéutico*” resultaba, así, una mera propaganda masiva para convencer al ciudadano de que la nueva libertad personal debía identificarse



con la enorme oferta productiva y consumista de un posmoderno “capitalismo avanzado” sin controles públicos. Sin límites morales bien fundados, todo se podía comprar y todo se podía vender.

Nacía, por tanto, un nuevo arquetipo antropológico y sociológico: “*el hombre psicológico*” que busca su exclusivo bienestar personal, y se encuentra centrado en ilusiones y ficciones cada vez más descabelladas; pero que eran reconocidas como “normales” por el Estado, para asegurar su lealtad partidista, y promocionadas por el Mercado como “*de moda*”, para conseguir clientes de por vida (Rieff, 1966: 210-220). Un “*individuo terapéutico*” radicalmente diferente de los “*tipos humanos*” característicos de nuestra evolución cultural (político, religioso, económico...), que reniega de la rica herencia cultural de Occidente y cuestiona los límites liberal-democráticos consensuados tras años de conflictos. Y que era usado por elites diversas asumiendo, para Rieff, como parte del sueño utópico del “nuevo Adán” del socialismo colectivista que se recuperaba para controlar el sistema democapitalista “avanzado”, eliminando las prohibiciones y compromisos anteriores a la hora de implantar su propia y nueva serie de prohibiciones y compromisos (Rieff, 1966: 15-20).

Lo psicológico (a nivel individual) y lo político (a nivel colectivo) se ponían al servicio de la elite económica. Lo que para Rieff llevaba, tarde o temprano, a la “*autodestrucción de la democracia*” (Gardner, 2009). Se negaban las genuinas bases de la convivencia, generándose “*suburbios*” inmensos donde era imposible la necesaria “*disciplina social*” que frenase el “*despotismo de los deseos*” en sociedades cada vez más ricas, pero que cada vez demostraba no tener casi límites ante las necesidades crecientes creadas, entre la escasez y el conflicto ((Rieff, 1966: 45-65). Era la eclosión de la “*revolución esencialmente antitradicional y anticonservadora de la modernidad democrática*”, que buscaba el hedonismo comercial e individual, pero que no buscaba “*remediar o mitigar las inmensas desigualdades económicas producidas por el mercado*” (Paik, 2015). Y frente a ella Rieff buscaba, en su silencio rebelde, la “*verdad*” capaz de hacer frente a esos retos presentes sobre los “*valores liberales*”, en su caso desde la valiosa tradición (responsable y compartida), y no desde el sueño terapéutico de la “*adulación y autojustificación*” (Rieff, 2008).

Rieff pretendía demostrar, con ello, que esas “*verdades dominantes no son nada*”. Se convertían en falsos inventos de las corporaciones terapéuticas, como meros instrumentos del poder elitista, ya que “*antes del permiso debe haber prohibición*” (Rieff, 2006). La libertad siempre tiene un precio, recordaba Rieff, y esa “*libertad terapéutica*”, que contribuyó a diagnosticar, alumbraba y extendía sucesivas “*obras de muerte*” creadas en los estertores de la modernidad contra “*todos los órdenes sagrados*”. Se eliminaban las prohibiciones y controles autorizados, construidos durante siglos entre éxitos comunes y fracasos dramáticos para contener, en la medida de lo posible, “*el mal humano*” (Rieff, 2008).

Y para su plan transformador, los poderes “*liberales*” contemporáneos se habían apropiado y transformado el concepto de “*carisma*”, vaciándolo de su sentido original y auténtico. Los magnates económicos, los líderes políticos y las estrellas del cine lo usaban para su propio interés, eliminando su verdadera esencia: la “*gracia y autoridad religiosas transferidas a través de la inspiración divina*” (Rieff, 2008b: 5-7). Se convertía, sin más, en una forma de pública celebridad para “*nuevos dioses*” del Estado y del Mercado, despojada de consideraciones morales; pero sin las cuales para Rieff, el “*don de la gracia*” se convertía, de manera indistinguible, en “*el don del mal*” con licencia para destruir en nombre de la misma fe o de la propia ideología; pero sobre todo en base eficaz y eficiente para hacer triunfar la “*cultura terapéutica*” del bienestar más hedonista, que negaba el reconocimiento de lo sagrado y convertía en la inmoralidad publicitada el opio necesario para que el pueblo no pensase en desigualdades e injusticias (tal como encontraba en las interpretaciones de Kierkegaard, Weber, Kafka, Nietzsche y, por supuesto, de Freud en *Tótem y Tabú*) (Rieff, 2008b: 10-15).

Rieff se hizo famoso y encontró el amor en el germen de la Posmodernidad. Su interpretación de la obra de Freud (junto a su joven esposa Sontag) marcó un antes y un después, convirtiéndolo en el sociólogo de cabecera de la generación impulsora de ese *Tercer Mundo* (Turner, 2011). Comprendió las profundas implicaciones culturales del gran impacto del pensamiento freudiano, y las advirtió ante el nacimiento de la “*sociedad terapéutica*” en el seno del capitalismo tardío. Se generaba y difundía el discurso anti-cultural necesario, desde la salud y la psicología, para conquistar el alma humana, desde los libros de autoayuda, la idea del bienestar obligatorio o las empresas de la felicidad. Pero Rieff pasó del amor a la guerra: con su exmujer y con todo lo que ella representaba como ícono progresista, con los ideales que abrazó en su primera etapa, y con sobre todo con esa “*cultura posmoderna*” de lo terapéutico que le obligó al ostracismo porque ya no era uno de los suyos (Glenn, 2005).

## Bibliografía

- Beer, J. (2006), *Pieties of Silence. The American conservative*,
- Edwards, J. (2009), Susan Sontag: Culpas literarias, culpas morales. En *Estudios públicos* 114: 309-316.
- Gardner, S.L. (2009), Philip Rieff and the Self-Destruction of Democracy. En *Society* 46: 181-189.
- Glenn, D. (2005), Prophet of the 'Anti-Culture'. En *Chronicle of Higher Education*, November 11.
- Paik, P. (2015), *A Kindly Apocalypse: Philip Rieff and the Endgame of the Therapeutic*. En *English Language and Literature* 61/3: 433-458.
- Rieff, P. (1959), *Freud: The Mind of the Moralist*. Viking Press, 1959.

- (1966), *The Triumph of the Therapeutic*. Harper & Row, 1966.
- (1973), *Fellow Teachers*. Harper & Row.
- (2006), *My Life Among the Deathworks*. University of Virginia Press..
- (2008), *Sacred Order/Social Order: The Jew of Culture: Freud, Moses, and Modernity*. University of Virginia Press.
- (2008b), *Charisma: The Gift of Grace, and How It Has Been Taken Away from Us*. Vintage.

Turner, Ch. (2011), Sacred Sociology: The Life and Times of Philip Rieff. *Theory*. En *Culture and Society*, 28/3: 80-105